

Vuelvo atrás, a esa errancia del ser. Porque olvidaba decir que el enamoramiento podría considerarse como una suerte de fin de esta recurrencia sin límite. Momentáneamente, claro. En la persona amada convergen los tiempos y los espacios: no se reducen a ella sino que esa persona opera como transparencia. Vemos el mundo de manera distinta. Toda descripción no es esa visión, pero esa visión genera imágenes: nosotros vemos esas imágenes. Aquella noche, frente al mar y con la masa de pinos a nuestras espaldas: no había pasado ni futuro, no había otros y nada estaba en otra parte: un presente lleno de presencia había alcanzado el otro lado de la metáfora. El arco se había dilatado y comprendido en sí a su objeto. El arco ya no tenía objeto: el mundo reposaba sobre sí mismo y sin saberlo lo sabíamos.

—Déjalas ir; son pegajosas como moscas en septiembre. A ti se te pegan como si presintieran que llegan al frío. Como las moscas. Déjalas ir, tienen una historia lamentable. Pero tú las manoseas, las tratas como a esas mujeres que no son atractivas y que al piroppearlas se sueltan el pelo y les haces ver que las vas a querer durante toda tu vida. Y no es así. Eso no se lo cree nadie.

—Mira, Guillermo —le dije con seriedad—, si te quieres hacer el gracioso, me lo dices, pero no creas que me la vas a dar, porque tú no has hecho otra cosa en tu vida que pegar la hebra.

—Ah, pero hay una diferencia —dijo como si le hubiera tocado un nervio—: que a mí me da igual y a ti no. Y no creas que es poca cosa. A ti te vuelve loco lo que las palabras significan, y yo las tiro al suelo y las pisoteo, como a una colilla —hizo el gesto de apagar con el pie un cigarrillo, girándolo hacia un lado y otro, muy teatralmente—. Las apago para que no incendien el bosque, ya ves.

—Pero vuelves a encenderlas para que te iluminen —le dije con rapidez, porque no estaba dispuesto a que continuara con su casi cínico discurso—. Tú eres como esos amantes, por seguirte el símil, que cada mañana cree que no volverá más, hasta que llega la noche y entonces vuelven a perder el aliento.

—¡Cómo! ¿Yo? ¿Yo el aliento? ¿Por una palabra? Yo soy capaz de callarme y no preguntar ni la hora. Hablo contigo porque eres mi sobrino. Bueno, no porque seas mi sobrino, porque vaya familia, con perdón. Hablo contigo porque tú eres un pesado que siempre le haces a uno hablar. Pero yo, ya te digo, las piso y las retuerzo hasta que se le acaban las chispas. Yo por mí no hablaría, salvo para pedir un vaso de vino. Tú lo sabes.

Guille parecía mirarme de detrás de su mirada. Aunque trataba de localizar desde dónde hablaba, no podía.

—Eres el mayor farsante que he visto, tío Guille, con perdón también, por supuesto.

Guille se calló. De pronto su cara se llenó de gozo. Me miraba sonriente. Estuvimos así un buen rato, hasta que Guille, con expresión incrédula, tomó la palabra.

—¿Sabes una cosa? —dijo jugando un poco al atolondrado—. Que no sé si el que estaba hablando eras tú o yo. Te lo juro, niño, no soy capaz de recordarlo.

—Debe ser el vino, tío. ¡El pescado! —grité levantándome de la silla. Estábamos a oscuras y el tiempo se nos había pasado sin darnos cuenta.

—Se nos ha ido el santo al cielo, qué desgracia —gruñía Guille camino de la cocina—. ¡Qué desgracia! Cuando llegamos, vimos el horno ligeramente abierto y apagado. La mesa estaba puesta. Nos miramos. Su hija había entrado y viéndonos enzarzados en la conversación, arregló las cosas para que no ocurriera ninguna tragedia.

Nos sentamos a comer. Guille comía en silencio y sólo interrumpió un momento su concentración para preguntarme por Nicolás, el pintor en cuya casa vivía yo y que hacía un par de días había llegado, como todos los años, para pasar la temporada.

—Lo sé, lo sé. Pasó esta mañana por aquí. Se le ha metido una idea en la cabeza, y yo no sé. Quiere hacerme un retrato. No quiero decirle que no porque es muy buena persona; pero a mí eso de ponerme como una estatua mientras él da pinceladas, eso no es para mí. ¿Tú crees que debo aceptar?

—Sí, Guille, deja que te pinte.

—¿Y para qué quiere él un retrato mío? Tampoco nos conocemos tanto.

—Yo creo que lo que él quiere es el retrato.

Volvió al pescado. Poco después levantó la vista hacia mí.

—Y entonces, ¿te irás?

La pregunta y el tono de la voz, todo me pilló desprevenido. Terminé de masticar el trozo de besugo antes de contestar.

—Sí —dije, y me di cuenta que acababa de decidirlo. Me iría.

III

La decisión apaciguó mi angustia. Incluso olvidé que días atrás Julia y yo habíamos discutido y, aparentemente, roto nuestra relación. Me iría a Madrid, sí, y llevaría una vida literaria. Eso no me sonaba mal entonces, tenía un cierto aire. Mientras caminaba en dirección a mi casa me veía caminando por otra ciudad, de vuelta tal vez de una apasionada discusión con el novelista X, o con el poeta XX, o quizá con el ensayista XXX. Oía sus argumentos, las réplicas y contrarréplicas, y me daba prisa por llegar a mi hotel para apuntar todo el diálogo, no como si acabara de ocurrir sino como si hubiera sucedido algún tiempo atrás. Sí, la vida literaria, las

bibliotecas, las exposiciones, las librerías y sus novedades como panes calientes. Algo así como la vida de verdad. Podría ganarme algo de dinero traduciendo del alemán, lengua que había aprendido para leer a «Fredón». Pasé de largo frente a mi casa y me acerqué hasta la de Julia, exaltado. Desde la calle podía ver su ventana. Había luz en ella. Yo estaba animado por el vino que había tomado con Guillermo, así que no dudé en buscar algunas piedras pequeñas y lanzarlas a su ventana. Tenía que tratar de no hacer demasiado ruido para que la familia Capuleto no se diera por enterada. Había problemas diplomáticos y nunca llegamos a tener embajadas. Vi, de pronto, que una sombra se acercaba a la ventana y la abría. Me sentía emocionado y pensaba pedirle disculpa, tal vez a voces, decirle que me iría a Madrid con ella, que me iría a la estepa siberiana si ella se fuera allí, que en realidad toda la culpa de lo que había pasado (¿pero qué había pasado?) era mía porque tendía a precipitarlo todo, que no tenía que preocuparse por nada porque yo estaba dispuesto a cambiar en este sentido y en todos los demás, incluso estaba dispuesto a perder los sentidos, quedarme sin sentido. La ventana se abrió del todo y no, no era Julia sino su madre. Miró desconcertada y desde la altura del segundo piso me preguntó si no sabía llamar por teléfono o a la puerta. Pedí disculpas como pude: había sido un gesto espontáneo, pasaba por allí y no recordaba el teléfono o la puerta. Tuve cuidado de que las piedras no fueran grandes, sí, un poco atrevido, pero estaba dispuesto a asumir todas las consecuencias, pagar el cristal, si lo hubiera roto, etc. Su madre no contestó a mis balbuceos, me miró con cara de pensar que su hija tenía gusto por los imbéciles, y me dijo que Julia había salido a cenar. ¿Sola? No, acompañada. Quise preguntar con quién, pero su madre, con gran destreza cerró las ventanas y me quedé allí, en medio de la noche, una noche de luna llena del sur de Andalucía, grande y roja, irreal de tan real, y yo con algunas piedrecitas aún en la mano derecha.

¿A que no saben qué hice? Los celos comenzaron a rasgar mis tripas, el hígado se puso a inflamarse bajo el ardor de mis pensamientos, y consideré que yo no era culpable de nada y que jamás cambiaría, ¡en ningún sentido! Eso fue lo que sentí y pensé, pero lo que hice fue dar la vuelta al edificio y sentarme en un lugar estratégico para verla llegar. La imaginé muy bien vestida, con ropa ligera como correspondía al mes de junio, charlando con esa otra persona que, sin duda, estaría tratando de seducirla. Días atrás, Julia me había hablado de un compañero de clase con quien había tenido algunas conversaciones «poco comunes en Salduba». Ahora ya no tenía impedimentos para salir directamente a cenar con él o tal vez estaría en algún pub, más íntimamente. Lo más probable —pensaba— es que él la acompañara hasta casa; sería lo más educado, no la iba a dejar

en medio de la calle. Llegarían juntos hasta el portal. No creía que habiéndonos «separado» hacía dos o tres días, Julia se dejara besar por otro. Sin duda discutí conmigo para poder aceptar sin culpa este encuentro, para poder verse a sus anchas con el de las conversaciones «poco comunes» y permitirse cualquier tipo de efusión. De repente caí en la cuenta de que si venían por la parte alta de la calle me iban a sorprender y haría el ridículo, así que decidí entrar en el portal y situarme en algún lugar oscuro, detrás de una celosía que dividía los accesos de la casa del patio interior. Me di prisa en entrar y me situé en un puesto furtivo. Encendí un cigarrillo y me entregué a autocondolencia con morosidad. No quería ni pensar en la risa que causaría a Guillermo si me viera en tal situación. Apagué varios cigarrillos y ya estaba a punto de desistir cuando oí la risa inconfundible de Julia. Se me secó la boca y sentí presión en los oídos. Otra persona se acercaba con ella, podía distinguir bien sus pasos. No, no lo iba a poder soportar. Cerré los ojos. Julia y la otra persona entraron en el portal y caminaron hacia adentro. Ahora, pensé, la besaré, y lo hará delante mío para mayor retorcimiento, para escarnio mío durante siglos. Me arrepentí de estar allí escondido al tiempo que sentía la vertiginosa exaltación de estar penetrando indebidamente en la vida de alguien cercano, próximo, pero como si fuera ajeno: Julia, desde la mirada microscópica de los celos, se convertía de golpe en una amenaza para mi mundo: se había desdoblado y había vuelto a ser alguien desconocido para mí, pero con toda la fuerza de la profunda cercanía que representaba. Sí, sí, era su voz, su risa, pero palpitando ya en un mundo inalcanzable. De lo entrañable había pasado súbitamente a lo extraño. En ese momento le oí a él que decía: —«¿Ya estás menos preocupada? Estupendo. Te irás a Madrid y lo olvidarás, créeme a mí que soy tu padre y algo sé de esto. En Madrid vas a conocer a otra gente, a universitarios como tú y no ese chico que no pasa de ser un *dilettante* de pueblo.»

—No, eso no, no es un *dilettante*. No tiene estudios, pero no es un *dilettante* —dijo Julia poniendo las cosas en su sitio.

¡Así que se trataba de su padre! Me bajó la tensión y sentí que me temblaban las piernas, mientras que en las alturas se me agitaban las ideas y deseaba salir de mi escondite y decirle a su señor padre que de ninguna manera era yo un *dilettante* y que su hija lo que iba a encontrar en Madrid eran pedantes de tres al cuarto. El ascensor bajó y Julia y su padre desaparecieron. Salí de mi puesto de mirón y corrí hacia mi casa como alma que se lleva el diablo. Me sentía avergonzado por todo lo que había pensado, sentido y hecho. Nada más entrar vi a Nicolás. Lo saludé y caminé hacia «mi zona». Era lo convenido: si no había una señal clara, cada uno se iba a lo suyo; pero Nicolás me detuvo. «Te acaba de llamar Julia». Nico-